



“Doctrina de la Creación”

Conferencia pronunciada por el P. José Miguel González Martín en el Simposio “Creación y Evolución”.



Buenos días a todos.

Después de la Magistral conferencia del padre jesuita profesor Manuel Carreira, en la cual perfiló con insuperable clarividencia los parámetros de los contenidos de todo el Simposio, me corresponde a mí, como teólogo disertar sobre Teología de la Creación.

El punto de partida ha de ser la precisión de los conceptos.

¿Qué es teología? ¿Cuáles son sus contenidos y cometidos? [1]

¿Qué entendemos por creación? ¿Cuál es el origen y los significados del vocablo?

¿Cómo se compatibiliza con el concepto de evolución?

1.- ¿Qué es teología?

Empecemos por lo primero.

Teología, theos-logos, etimológicamente significa el discurso sobre Dios. En palabras de San Agustín “Sermo Dei”, el hablar humano acerca de Dios. A lo largo de la historia de la humanidad la idea sobre Dios en sus distintas formas ha ocupado siempre un lugar preeminente en el pensar humano de todos los pueblos y culturas. La historia de las religiones y la fenomenología del hecho religioso nos dan cuenta abundantemente de ello. En un sentido muy amplio del término podríamos decir que hay tantas teologías como discursos sobre Dios; incluso la comprensión de Dios es distinta en cada ser humano, distinta incluso en los sucesivos momentos de la historia del cada uno de nosotros. Podríamos decir, por tanto, que cada uno tiene y hace su propia teología.

Pero evidentemente esta idea de teología, fragmentaria y subjetivista, dista mucho de lo que en la tradición católica entendemos por teología.

Frente a las teomaquias o fabulaciones míticas, Platón presenta la teología como el conocimiento racional de la divinidad, un “logos” que intenta presentar a Dios tal como es. Aristóteles estableció una terna en el campo de las ciencias: la Física, la Matemática y la Teología. La Física trata de las realidades corporales arraigadas en la materia. La Matemática trata de las formas puras e ideales: los números. La Teología se distingue porque su objeto es Dios y porque ella es la ciencia propia de Dios. También Aristóteles sentó las bases para la distinción de los ámbitos del saber y sus respectivos métodos todos ellos conducentes a la consecución de la ciencia o epistemé. No obstante la riqueza que significa este uso temprano de la palabra teología por los principales filósofos griegos, la limitante es que, en ellos, el discurso sobre Dios nace en el raciocinio del hombre y se desarrolla y concluye sólo en él y desde él.

La gran novedad que aportará más tarde el Cristianismo al concepto de teología y a su metodología propia es que el discurso sobre Dios, aun siendo humano, es decir sometido al ámbito de la razón, no parte de sí mismo sino de la iniciativa divina. Dios se manifiesta, comunica, revela al hombre. Dios no es algo sobre lo que simplemente se piensa sino Alguien distinto que suscita en el ser humano la fe como respuesta de admiración y adhesión a la Palabra revelada, cuya plenitud se nos ha dado en Jesucristo el Señor, el Logos encarnado, la manifestación plena y definitiva del Dios Uno y Trino. La teología, por tanto, podría definirse como la ciencia de la fe, como la ciencia de la revelación de Dios, respuesta humana a la autocomunicación divina.

Pero ¿podemos sostener que la fe es un ámbito del saber humano? ¿qué entendemos por “fe” o “la fe”? ¿cuáles son los contenidos de la fe? ¿es racional o razonable la fe?[2] Sin duda explicar las distintas acepciones de la palabra “fe” y sus contextualizaciones llevaría consigo una larga sistematización a la cual renuncio en este momento, en razón de la brevedad de estas reflexiones. Pero le añado al sustantivo “fe” dos adjetivos que la determinan: fe cristiana católica.

Así pues, me aventuro a definir de manera sencilla y asequible, no magisterial y teológica, lo que en sentido estricto y popular conocemos por fe cristiana católica. Le llamamos así al conjunto de verdades, es decir, axiomas, que derivan de una fuente del saber humano a la que llamamos Revelación y que sostienen nuestra religión, esto es, nuestro modo de entender a Dios y de relacionarnos con Él, con todas las consecuencias derivadas para la vida de los creyentes.

Evidentemente, aceptar la fe como ámbito del saber implica aceptar no sólo la existencia de ese ser superior al que llamamos Dios, sino también la comunicación en la historia que el Dios que conocemos, y no otro, nos ha revelado. Tal comunicación nos ha sido dada a través de la experiencia de fe vivida en la historia particular del pueblo de Israel y universalizada en la Iglesia, que tiene como centro la figura de Jesús de Nazaret, para los cristianos, Dios hecho hombre. La Biblia es el texto en el cual ha cristalizado la Revelación, pero la Revelación de Dios, como fuente del saber, bajo la acción del Espíritu divino, trasciende el texto bíblico. No pocos de los conflictos añejos con otros ámbitos del saber se han producido por la interpretación literal de la Biblia; hoy en día también son frecuentes los biblismos exclusivistas y fundamentalismos religiosos apoyados en literalidades descontextualizadas que atentan contra una sana búsqueda de la verdad y un diálogo serio con los estamentos científicos. Curiosamente podemos afirmar que se necesita un estudio más “científico” de la Biblia para profundizar mejor en lo que Dios nos

dice a través de sus textos.

2. La teología: ciencia de la fe

Así pues, los contenidos de la fe, transmitidos en la historia de la Iglesia, conceptualizados y contextualizados, han dado lugar a lo que llamamos "teología". La teología es la intelección de las verdades de la fe, en definición clásica, "fides quaerens intellectum... intellectus quaerens fidem"... la fe que busca ser entendida y la inteligencia buscando la fe. [3] La fuente del razonar teológico es la Revelación y su objeto o contenido es el conjunto de verdades de la fe. [4] En este sentido, la fe razonada y vivida es ámbito del saber dispuesto a dialogar con la ciencia o las ciencias, que siguiendo su método más bien descriptivo, buscan los qués... mientras que la teología, en su especulación racional, busca más bien los porqués.

Por cierto, ¿podríamos llamar ciencia a la teología? [5] ¿no decimos a veces "ciencias religiosas"? Todo depende de qué entendamos por "ciencia". Quizás en sentido estricto no es aplicable porque la teología no parte del dato positivo, cuantificable, medible o verificable. Pero en un sentido más amplio podríamos sostener que la teología es la ciencia de la fe, en cuanto ciencia especulativa, que parte del dato revelado y que, con método y principios hermenéuticos propios, sistematiza orgánicamente las verdades reveladas llegando a conclusiones que, como bien sabemos por experiencia, iluminan definitivamente la vida de muchos hombres y mujeres de hoy.[6] Además la genuina y auténtica teología, en el uso adecuado de la razón, es siempre respetuosa con los métodos y conclusiones de los demás ámbitos del saber.

3. La autonomía de las ciencias experimentales

Aún más, la cosmovisión que nos brinda la fe cristiana católica no sólo respeta sino que también posibilita la autonomía de las diversas ciencias positivas. La doctrina revelada de la creación del mundo por el Dios único Creador toma distancia de las cosmovisiones mitológicas, del monismo panteísta o del dualismo ético, que divinizan o demonizan lo creado, lo material, lo corpóreo, lo tangible, lo perecedero, lo cuantificable. Es ya tópico, en autores contemporáneos, el reconocimiento de un nexo entre la fe en la creación y el nacimiento de la civilización técnico-científica, surgido precisamente en el occidente cristiano.

Dice Ruiz de la Peña, teólogo católico: "Es la fe en la creación la que, oponiéndose a la divinización del cosmos (propia de las religiones de la naturaleza y el panteísmo) y relativizándolo, ha hecho que el hombre le perdiese al mundo el sacro respeto que le impedía manipularlo y dominarlo. El hombre había vivido en un mundo encantado, había soportado la atracción magnética de fuerzas cósmicas que, en su grandeza, se le revelaban como teofanías y lo esclavizaban. La naturaleza había subyugado a la persona. La doctrina de la creación quebranta este encantamiento malsano: la realidad desdivinizada resulta desdemonizada; el mundo es mundano, no divino, y el hombre puede percibirlo ya como manejable y gobernable, no como intangible e inviolable".[7]

La importancia de esta reflexión crece si se tiene en cuenta que es compartida por científicos y pensadores incluso no creyentes. Al mismo tiempo, algunos de ellos se atreven a afirmar que la repulsa de la fe en la creación supondría, también para la actual mentalidad técnico-científica, el inesperado retorno de viejos esquemas mitológicos.

4. El respeto de los ámbitos del saber humano

Se hace pues imprescindible la distinción y el respeto de los diversos ámbitos del saber humano, teología, filosofía y diversas ciencias experimentales bajo algunos presupuestos que, a continuación, detallo:

1.- Cada ámbito del saber tiene su propio método que ha de ser conocido, admitido y respetado pero que, a su vez, porta unos límites que de la misma manera han de ser aceptados y tenidos en cuenta. Nadie está en posesión absoluta de la verdad. Ni la Biblia lo dice todo ni las ciencias humanas pueden darnos la solución de todo. La búsqueda sincera y leal de la verdad autentifica los métodos y dignifica a las personas que los usan sin manipulaciones interesadas. Sin caer en el eclecticismo, la escucha desprejuiciada entre interlocutores de distintos ámbitos facilita la convergencia.

2.- No son admisibles lo que yo llamo "saltos" de ámbito del saber en un discurso continuado en el que, con facilidad pasmosa y sin pedir excusas, podemos falsear la verdad sacando conclusiones pertenecientes al ámbito de la fe o la teología a partir de presupuestos del ámbito de las ciencias experimentales o de la filosofía y viceversa.

3.- Evitar las tentaciones del concordismo fácil, por un lado, y la teoría de la doble verdad, por otro. En palabras de Ruiz de la Peña: "Hay en efecto dos tentaciones que acechan crónicamente a la teología confrontada con las otras ciencias: la tentación del concordismo y la de la doble verdad. La historia notifica que, a ambas, han sucumbido, una y otra vez, teólogos de distintas épocas y escuelas. La posición concordista [...] atenta contra el principio de la autonomía de las ciencias, bien imponiendo a la teología criterios epistemológicos y contenidos doctrinales ajenos, bien exigiendo a los saberes humanos prestaciones ancilares, y en todo caso mistificando la naturaleza de las relaciones entre dos formas de discurso netamente heterogéneas, puesto que proceden de fuentes diversas, operan con métodos propios y se orientan a objetivos distintos. Por su parte, la teoría de la doble verdad [...] puede seguir funcionando arrefleja o inconscientemente en un quehacer teológico que no se preocupe de contrastar sus conclusiones con las de las ciencias humanas, o en un saber profano que se estatuya como autosuficiente y no se deje criticar por instancias de otro orden. En la teoría de la doble verdad, por lo demás, acaba desembocando más o menos crípticamente la reflexión teológica afectada del síndrome de irenismo a ultranza o aquejada de complejo de inferioridad; impedida en suma para ejercer con libertad la función crítica que le compete, en cuanto portavoz de la Palabra de Dios, frente a la siempre posible degeneración de la ciencia en pseudociencia y contra las

extrapolaciones abusivas de las conclusiones científicas”.[8]

La tentación del concordismo fácil nos puede llevar al peligro del eclecticismo; la tentación de la teoría de la doble verdad nos acerca a los reduccionismos cientifistas o fideístas, en la siempre peligrosa pendiente del pragmatismo.[9]

5.- ¿Qué entendemos por creación?

A partir de lo dicho podemos sostener y entender que cuando hablamos de doctrina de la creación estamos en el ámbito de la teología y, por tanto, partimos de la Revelación de Dios para sintetizar los contenidos que ella misma nos ofrece. Cuando hablemos de la teoría de la evolución estamos en el ámbito de las ciencias experimentales. El haber transvasado información y datos de un ámbito del saber a otro sin tener en cuenta el método y la hermenéutica ha sido uno de los fallos en la explicación del tema, fuente de equívocos y conflictos.

De la misma manera no hay que confundir doctrina de la creación con “creacionismo” o “teoría del diseño inteligente”. Lo primero le pertenece al ámbito del saber teológico; lo segundo es una teoría o hipótesis, más o menos científica, sobre los orígenes del hombre y de todas las creaturas que, tomando pie en una interpretación literal de la Biblia, se enfrenta a la teoría de la evolución de las especies propuesta por Darwin, principalmente en el ámbito geográfico de los Estados Unidos de América, para contrastarla y rebatirla.

A veces interesadamente y con una cierta carga de malicia, se identifica la postura de la Iglesia, y en particular de la Iglesia católica, con el “creacionismo” o “teoría del diseño inteligente”. Es cierto que comparten algunas perspectivas y conclusiones, pero en realidad la hipótesis del creacionismo, que cifra los orígenes de la especie humana en una fecha mucho más próxima que la teoría de la evolución de las especies, está apoyada en una interpretación literal del Génesis mucho más propia de fundamentalismo bíblico protestante de finales del Siglo XIX que surgió principalmente en ciertas comunidades religiosas cristianas de los Estados Unidos. La exégesis actual de los primeros capítulos del libro del Génesis en particular y de lo que dice la Sagrada Escritura sobre la creación en general, propicia una interpretación netamente teológica de la cuestión y evita el pronunciamiento concordista a favor o en contra de cualquiera de las hipótesis científicas: creacionismo o evolucionismo.

También a veces se identifica la teoría de la evolución con una postura netamente atea, haciendo ver que el creyente en Dios no puede ser evolucionista, ni el evolucionista puede ser creyente. Sin embargo, Darwin nunca quiso definirse públicamente como ateo. De ninguna manera el evolucionismo ha sido rechazado o condenado por la Iglesia católica, aunque al principio, cuando Darwin publicó sus teorías, hubiese sus lógicas prevenciones. Yo me atrevería a adelantar que la “más que hipótesis del evolucionismo”, en palabras de Benedicto XVI, es una explicación científica sobre los orígenes de la humanidad que en nada contradice o convalida la presencia de Dios continua y constante en el devenir de la historia y en la evolución no solo de las especies sino de todo el cosmos en general.

La Revelación de Dios nos lleva a entender la creación no sólo como el primer momento de la historia del cosmos, como un hecho puntual y único, sino que la creación es la obra de Dios constante y continua en su obra creada. Por tanto creación no es un concepto estático sino dinámico. Dios intervino en los orígenes y sigue interviniendo en el desarrollo de su obra creada sin menoscabo de la libertad humana o derogación de las leyes naturales que Él mismo, en su inteligencia infinita, ha insertado en el ser mismo de las creaturas. Todo lo contrario. A través de la acción libre del ser humano y a través de las leyes mismas de la naturaleza es que Dios sigue presente y actuante. A eso los clásicos le llamaban gobierno divino, providencia divina, conservación divina. Los escolásticos decían que Dios, Causa Primera, obra en la creación a través de las causas segundas.

Por tanto el reafirmar la teoría de la evolución en contraposición a la existencia y al obrar de Dios implica una concepción bastante raquíca de Dios (Dios relojero o tapaagujeros) que no se corresponde con la imagen de Dios que el cristianismo presenta y sostiene a partir de lo que Dios mismo nos ha dicho de sí mismo por medio de Jesucristo en el conjunto de su divina Revelación.

Sin afirmar el panteísmo (todas las cosas son Dios), que algunos científicos actuales pueden intuir en ciertas explicaciones eclesiásticas al respecto justificadoras del evolucionismo, la doctrina cristiana católica podría perfectamente definirse como panenteísmo (Dios está en todas las cosas).

6. Creación y evolución: dinámica y crecimiento

Así pues, la doctrina de la creación que brota de la Revelación y la teoría de la evolución en el sentido amplio de su proposición no son incompatibles en la búsqueda de la verdad sobre el origen del universo y del hombre. Yo me atrevería a afirmar que son complementarias e, incluso, se necesitan la una a la otra. La complementariedad de los saberes se produce siempre en la convergencia e integración de la inteligencia desde la actitud noble de las mentes desprejuiciadas y a la vez humildes.

Creación es definida por el Diccionario de la Lengua española como la acción o el efecto de crear en el sentido de establecer, instituir, hacer a alguien lo que antes no era; en su cuarta acepción se define como el acto de criar o sacar Dios algo de la nada; en su quinta acepción se la considera sinónima de “mundo” en cuanto conjunto de todas las cosas creadas. El mismo Diccionario de la Lengua española define crear, en su primera acepción, como producir algo de la nada, y lo ilustra con la frase bíblica: “Dios creó cielos y tierra”.

En la Biblia, para denotar la acción creadora exclusiva de Dios se emplea el término técnico *Bará*, un verbo teológico que aparece más de 40 veces, cuyo sujeto, siempre y sólo, es Yavé Dios. Nunca se menciona junto a él, una materia *ex qua*, un instrumento o una colaboración. Designa, pues, una acción incomparable, no homologable a ninguna otra, específicamente divina, al contrario de lo que ocurre con otros verbos como hacer, modelar, formar, que pertenecen al vocabulario artesanal. Tan creador es Yavé de Israel como del universo, o mejor, porque Yavé

Dios es creador de Israel, también lo es del universo, de todo lo que existe; Yavé es creador y al mismo tiempo salvador. Por tanto, *bará* denota no sólo la acción de dar principio a la realidad, sino también la acción consumadora y plenificadora de esa misma realidad. Indica la acción única y exclusiva de Dios en el *ad intra* y *ad extra* de la creatura, en el por dentro y por fuera, en el primer momento y en la continuidad de la obra creada.

Así pues, al decir creación estamos hablando de la acción creadora de Dios al inicio de la historia y en la continuación de esta hasta su consumación. También le llamamos creación al producto de esa acción de Dios, es decir, al mundo como obra creada, como todo lo que existe fuera de Dios. En efecto, Dios creador no es sólo el que está en el origen de la creatura; es además el que tira de la creación hacia delante, el que la atrae o la mueve, al suscitar en ella una incesante dinámica de autotranscendimiento. Que Dios sea creador significa pues, que, al mismo tiempo que da a la creatura el ser, introyecta en la creatura una pulsión hacia el ser más. Es posible pues la evolución; lo más surge de lo menos; la realidad es emergente porque la causalidad inmanente, intramundana, no es la única en obrar; hay además una causalidad trascendente, que sin dejar de ser trascendente, está inserida en las mismas leyes del mundo creado.

Naturalmente cabe otra lectura del fenómeno evolutivo que es la que da el monismo fisicalista que niega que se den rupturas cualitativas entre ser y ser, afirmando que toda entidad mundana es reductible al nivel físico. En este marco, la evolución no supondría la emergencia de la novedad ontológica sino la aparición de simples variaciones sobre el único tema de la física: la materia autogenerada, autosuficiente y eterna sería el único factor causal de la realidad mundana.

Pero a tenor de lo que en síntesis acabamos de exponer podemos afirmar al menos que las teorías de la evolución no contradicen la doctrina de la creación sino que la complementan. Lo que la mayor parte de los teólogos católicos sostienen, en consonancia con científicos y filósofos de la ciencia, es que las teorías de la evolución son teorías descriptivas y no explicativas que postulan una reflexión sobre el fenómeno evolutivo; el concepto creación pertenece al ámbito del discurso explicativo, metafísico y teológico, y responde a la pregunta sobre el ser (¿por qué es algo y no la nada?) mientras que el concepto evolución pertenece al ámbito del discurso descriptivo, físico, y responde a la pregunta sobre el aparecer (¿cuándo y cómo aparecen estas cosas y no otras?).

En fin, afirmar que evolución y creación son conceptos antagónicos es lisa y llanamente una necedad. Brunner observa cómo a nadie en su sano juicio se le ocurriría declarar incompatibles el análisis químico de un lienzo pintado y el juicio estético sobre lo pintado en el lienzo. Pues bien, como el juicio estético no niega el análisis químico, así la afirmación de fe no niega el valor de la descripción científica, ni ésta puede legítimamente negar el valor metafísico y teológico de aquella. En este sentido, la creación constituye el trasfondo invisible de la evolución; la evolución aparece como el primer plano visible de la creación.

7. Testimonios actuales al respecto.

a) No existe "a priori" incompatibilidad entre Darwin y la Biblia

En la Ciudad del Vaticano, el miércoles 17 de septiembre de 2008 el presidente del Consejo Pontificio para la Cultura, el arzobispo Gianfranco Ravasi quiso "confirmar que no existe incompatibilidad a priori entre las teorías de la evolución con el mensaje de la Biblia y de la teología". Según recordó, Darwin "nunca fue condenado, 'El origen de las especies' no está en el Índice (de libros prohibidos), pero sobre todo hay pronunciamientos muy significativos en relación con la evolución por parte del mismo Magisterio eclesial". El arzobispo explicó que teólogos, filósofos y científicos se mueven en "terrenos diferentes", pero "lo importante es que la línea de demarcación no se convierta en una 'muralla china' en un 'telón de acero', desde el que se mira al otro con desprecio". "La distinción", advirtió "no es separación". "¡La distinción es necesaria!" "Por tanto hace falta un acto de humildad también por parte del teólogo que debe escuchar y aprender; por otro lado, hace falta superar la arrogancia de algunos científicos que abofetean a quien tiene fe y que consideran la fe y la teología como una herencia de un paleolítico intelectual".

b) Cardenal Schönborn: no hay incompatibilidad entre evolución y creación.

En Roma, el lunes 3 de noviembre de 2008, el cardenal Christoph Schönborn, arzobispo de Viena, durante la asamblea plenaria de la Academia Pontificia de las Ciencias, afirmó que no existe incompatibilidad entre la teoría científica de la evolución y la afirmación cristiana de la creación. El purpurado explicó que no existe contraposición entre evolucionismo y creencia en la Creación, sino más bien "un conflicto entre dos concepciones diversas del hombre y de su racionalidad, entre la visión cristiana y un racionalismo que pretende reducir al hombre a su dimensión biológica".

Citando diversas intervenciones del cardenal Joseph Ratzinger antes y después de su elección como Papa, el cardenal Schönborn explicó que "existen muchas pruebas a favor de una evolución". Sin embargo, puntualizó el prelado dominico, "aun enriqueciendo nuestro conocimiento de la vida, esta teoría no responde a la gran pregunta filosófica: ¿De dónde viene todo y cómo ese todo toma un camino hasta llegar al hombre?". Por tanto, se trata de descubrir "que existe una idea precedente, que el hombre no es fruto del caos, sino que 'ha sido pensado', 'querido' y amado" por el Creador.

c) Benedicto XVI: No hay oposición entre fe y ciencia

En el Discurso que dirigió Benedicto XVI a la asamblea plenaria de la Academia Pontificia de las Ciencias el 31 de octubre de 2008, el Papa dijo:

Afirmar que el fundamento del cosmos y de su desarrollo es la sabiduría providente del Creador no quiere decir que

la creación sólo tiene que ver con el inicio de la historia del mundo y la vida. Más bien, implica que el Creador funda este desarrollo y lo sostiene, lo fija y lo mantiene continuamente. Santo Tomás de Aquino enseñó que la noción de creación debe trascender el origen horizontal del desarrollo de los acontecimientos, es decir, de la historia, y en consecuencia todos nuestros modos puramente naturalistas de pensar y hablar sobre la evolución del mundo. Santo Tomás afirmaba que la creación no es ni un movimiento ni una mutación. Más bien, es la relación fundacional y continua que une a la criatura con el Creador, porque él es la causa de todos los seres y de todo lo que llega a ser [10]. "Evolucionar" significa literalmente "desenrollar un rollo de pergamino", o sea, leer un libro. La imagen de la naturaleza como un libro tiene sus raíces en el cristianismo y ha sido apreciada por muchos científicos. Galileo veía la naturaleza como un libro cuyo autor es Dios, del mismo modo que lo es de la Escritura. Es un libro cuya historia, cuya evolución, cuya "escritura" y cuyo significado "leemos" de acuerdo con los diferentes enfoques de las ciencias, mientras que durante todo el tiempo presupone la presencia fundamental del autor que en él ha querido revelarse a sí mismo.

Esta imagen también nos ayuda a comprender que el mundo, lejos de tener su origen en el caos, se parece a un libro ordenado: es un cosmos. A pesar de algunos elementos irracionales, caóticos y destructores en los largos procesos de cambio en el cosmos, la materia como tal se puede "leer". Tiene una "matemática" ínsita. Por tanto, la mente humana no sólo puede dedicarse a una "cosmografía" que estudia los fenómenos mensurables, sino también a una "cosmología" que discierne la lógica interna y visible del cosmos.

Al principio tal vez no somos capaces de ver la armonía tanto del todo como de las relaciones entre las partes individuales, o su relación con el todo. Sin embargo, hay siempre una amplia gama de acontecimientos inteligibles, y el proceso es racional en la medida que revela un orden de correspondencias evidentes y finalidades innegables: en el mundo inorgánico, entre microestructuras y macroestructuras; en el mundo orgánico y animal, entre estructura y función; y en el mundo espiritual, entre el conocimiento de la verdad y la aspiración a la libertad. La investigación experimental y filosófica descubre gradualmente estos órdenes; percibe que actúan para mantenerse en el ser, defendiéndose de los desequilibrios y superando los obstáculos. Y, gracias a las ciencias naturales, hemos ampliado mucho nuestra comprensión del lugar único que ocupa la humanidad en el cosmos.

La distinción entre un simple ser vivo y un ser espiritual, que es *capax Dei*, indica la existencia del alma intelectual de un sujeto libre y trascendente. Por eso, el magisterio de la Iglesia ha afirmado constantemente que "cada alma espiritual es directamente creada por Dios -no es "producida" por los padres-, y es inmortal" [11]. Esto pone de manifiesto la peculiaridad de la antropología e invita al pensamiento moderno a explorarla.

Ilustres académicos, deseo concluir recordando las palabras que os dirigí mi predecesor el Papa Juan Pablo II en noviembre de 2003: "La verdad científica, que es en sí misma participación en la Verdad divina, puede ayudar a la filosofía y a la teología a comprender cada vez más plenamente la persona humana y la revelación de Dios sobre el hombre, una revelación completada y perfeccionada en Jesucristo. Estoy profundamente agradecido, junto con toda la Iglesia, por este importante enriquecimiento mutuo en la búsqueda de la verdad y del bien de la humanidad" [12].

Notas:

[1] Cf. ROVIRA BELLOSO, J.M., *Introducción a la teología*, Madrid 2007, 47-77.

[2] Cf. PIÉ-NINOT, S., *La teología fundamental*, Salamanca 2002, 173-225.

[3] La frase y el binomio conceptual son originariamente de San Anselmo pero han sido formulados de distintas maneras; por ejemplo, Juan Pablo II, en *Fides et Ratio*, titula *Credo ut intellegam e Intellego ut credam* el segundo y tercer capítulo respectivamente.

[4] Cf. JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, 93: "El objetivo fundamental al que tiende la teología consiste en *presentar la inteligencia de la Revelación y el contenido de la fe*".

[5] Cf. ROVIRA BELLOSO, J.M., *Introducción a la teología*, Madrid 2000, 79-121.

[6] Cf. JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, 65: "La teología se organiza como ciencia de la fe a la luz de un doble principio metodológico: el *auditus fidei* y el *intellectus fidei*. Con el primero, asume los contenidos de la Revelación tal y como han sido explicitados progresivamente en la Sagrada Tradición, Sagrada Escritura y Magisterio vivo de la Iglesia. Con el segundo, la teología quiere responder a las exigencias propias del pensamiento mediante la reflexión especulativa".

[7] RUIZ DE LA PEÑA, J.L., *Teología de la creación*, Santander 1992, 117.

[8] RUIZ DE LA PEÑA, J.L., "Sobre la estructura, método y contenidos de la antropología teológica" en *Studium Ovetense* 8 (1980) 349-350.

[9] Cf. JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, 86-89.

[10] Cf. *Summa theologiae*, I, q.45, a.3.

[11] *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 366.

[12] *Discurso a la Academia pontificia de ciencias*, 10 de noviembre de 2003: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 21 de noviembre de 2003, p. 5.

Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2008-2010©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original